

Angelita, Pablito, Cárlos y otras personas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cogían al vuelo los sonetos impresos del Sr. D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



## CAPÍTULO V.

La sobremesa del chocolate en la casa de  
D. Pedro María.

**A**PENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de alemanisco se levantaban de trecho en trecho platones con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platones de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.

Era la mesa para los chocolates.

La señora Doña Rosario fué también esta vez la que dió la voz, y la concurrencia íntegra se trasladó al comedor.

El padre Martínez, el señor cura, D. Pedro María y otras personas graves tomaron chocolate de Arancivia, con bizcochitos de á cinco, algunas pollas probaron uno que otro dulce, y algunas ancianas y señoras serias tomaron chocolate y dulces, conservas, bizcochos y un vasito de leche endulzada.

En el corro de las personas graves se habia suscitado una gran cuestión á propósito de las fiestas, y el señor cura, que era muy erudito, dijo como la fundación del convento de la Merced no databa sino del año de 1593.

—Cabal dijo el padre Martínez.

El padre Martínez no lo sabía.

—Eso es, agregó don Pedro María, y eso fué mucho tiempo después de que los franciscanos, los dominicos y los agustinos, estaban ya establecidos.

—Y Fray Bartolomé Olmedo fué el primero que hizo oír á los indios la palabra de Dios, y era mercedario, dijo el cura.

—¿Recuerda usted, padre cura, cuando se principió este convento? preguntó el padre Martínez.

—Ya recordarán ustedes; que los primeros mercedarios tenían un mal local que hacia de seminario en una casa por San Lázaro, hasta que en 20... sí, en 20 de Enero de 1594 pensaron en establecerse en mejor local, y el padre Fray Francisco Jimenez, vicario general que fué en 1601, compró me parece que en 18.000 pesos, varias propiedades á un sacerdote llamado Guillermo Berondate. A estas propie-

dades se fueron agregando otras y allí se fundó el templo.

La primera piedra se colocó como por 1602 por el señor virey, conde de Monterey, en persona. La mina de Zacualpan, explotada por los padres mercedarios, y una cantera de tezontle situada entre los lagos de Chalco y de Texcoco, dieron los gastos de construcción.

—Tiene usted una memoria prodigiosa, señor cura, dijo D. Pedro María.

—Algo, algo me queda, contestó el padre cura; tomó un polvo y siguió diciendo:

—Por entónces los mercedarios habían dependido y dependían de la provincia de Guatemala; pero un breve de su santidad Pablo V, y previa la real cédula de 15 de Junio de... eso es... de 1616, concedió al general de la Orden

la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente.

—Oiga! sí, sí, algo he sabido yo...

—Y yo también, agregó el padre Martínez, que no sabía nada.

—De modo y manera, continuó el señor cura, que allá por los años de 620 se verificó el primer capítulo: entónces se fundó Merced de las Huertas, unos cinco ó seis años después.

—Pero permítame usted, padre cura, que me atreva á hacer á usted una observación: yo no soy fuerte en fechas, pero tengo mi memoria, y vea usted, entiendo que la iglesia grande no se comenzó sino allá por los años de 1634, quiere decir, algunos años después...

—Efectivamecte es usted mi señor; pero yo me he referido á la primera fundación, á la de la capilla.

—Ah! ah! eso es.

—Eso es, repitió el padre Martinez.

—Tanto, que entre las dos columnas de la izquierda de la fachada está la inscripción, sí señor.

—Allí está de facto, dijo el señor cura, 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra.

—Y ¿á cuanto ascendió la primera suma invertida en el templo?

—Los maestros arquitectos pidieron unos cien mil pesos; pero se gastaron mas de ciento y cincuenta; lo sé porque para completar la primera suma el padre fray Juan de Herrera tuvo la luminosa idea de procurarse una suscripcion entre cien personas de á mil pesos cada una, y se juntó de facto.

—¿En calidad de préstamo?

—No, mi señor, ofreciendo el patronato de la obra, y no solo, sino que fueron pagaderos en misas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios,

como el de sepultura y otros, como el de sentarse en la banca cubierta con guardapolvo de terciopelo carmesí, en las funciones de la santísima Virgen, y aun en otras.

—Eso sí, continuó el cura, la iglesia no se abrió sino hasta el 30 de Agosto de 1654, en presencia de S. I. el arzobispo metropolitano D. Francisco Manzo y Zúñiga y del virey duque de Alburquerque.

—¿Agosto decía usted, padre cura? interrumpió el padre Martínez que acababa de encontrar una magnífica oportunidad para hablar; Agosto? pues entonces en Setiembre del mismo año fué la primera funcion titular.

—Permítame usted, padre Martínez, es usted mi señor, pero la iglesia no se consagró definitivamente sino hasta el 18 de Enero de 1682.

—¡Cómo así, señor cura! exclamó el

padre Martínez, deseando que el señor cura se hubiese equivocado.

—Hay una prueba de bulto, dijo entonces el señor cura dirigiéndose, no ya al que iba á confundir, sino al señor D. Pedro María; hay una prueba: la inscripcion que está en el tercer pilar de la derecha de la gran nave.

—De facto, señor cura, que ya la recuerdo, dice:

«Consagró esta santa iglesia el Ilustrísimo y reverendísimo Maestro don Fray Juan Durán, del real órden de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos, domingo 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654.»

—Exactamente y muy bien, señor D. Pedro, lo conserva usted en su memoria.

—Vea usted qué casualidad, el domingo me tocó oír la misa junto á la lápida, y la estuve deletreando.

—Vamos, padre cura, díganos usted algo del escudo heráldico que aún se conserva en los escapularios, dijo el padre Martínez.

El padre cura tomó otro polvo y continuó:

—La Orden de la Merced fué instituída en 1218 por San Pedro Nolasco, bajo el reinado de D. Jaime de Aragón; fué en un principio compuesta esta órden de caballeros, que tenían un carácter militar: usaban calzón corto, con ataderos y hebillas, el perpunte y la ropa á la española.

—A la española antigua, sí señor, agregó el padre Martínez.

—Y sobre el pecho, continuó el cura, un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo, en la parte inferior.

—Cabal, dijo D. Pedro.

—Eso es, repitió el padre Martínez,

y desabrochándose la sotana, sacó por la aletilla de la camisa el escapulario de la Merced, que el padre Martínez acostumbraba traer al cuello, en unión de dos rosarios y otras reliquias.

Don Pedro María también se quitó su prendedor de diamantes tablas y sacó de debajo de la pechera de la camisa, su escapulario, su cera de *agnus*, su rosario y todas sus reliquias.

—Está usted bien provisto, dijo el señor cura á D. Pedro.

—Es mi costumbre; vea usted esta bolsita, padre cura.

—¿Qué hay en ella?

—Son reliquias de Roma, tiene una astilla de la cruz, tierrita del pesebre de Belén, una muela de Santa Apolonia, auténtica, y algunas otras cosas: esta medalla es un obsequio del señor arzobispo.

—Yo también tengo en esa materia

mis preciosidades, pero no tengo astilla de la cruz.

—Es muy rara esta reliquia.

—Pero volvamos al escudo, dijo el padre Martínez, guardando sus reliquias.

—Pues como iba diciendo, la cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la salvación de un rey de Aragón que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas, en el momento de salvar un foso peligroso, y dejó allí estampados los dedos.

Los religiosos continuaron usando ese traje hasta la reforma verificada por San Ramón Nonato.

—Es sorprendente la instrucción y la buena memoria del padre cura, exclamó D. Pedro María.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Vol. 1625 MONTERREY, N.M.

—Favor que usted me hace, señor D. Pedro María.

A la sazón que esto pasaba en el comedor, Pablito y la señora doña Rosario se ocupaban en poner velas en el candil de la sala y en todos los candelabros, y con cada vela una alcachofa de papel encarrujado, verde, blanco y colorado.

Las niñas se habían declarado incomunicadas en la recámara, y se disponían para el baile.

A las ocho llegó una compañía de músicos.

Era Manuel el *pañero*, maestro afamadísimo en aquel barrio; Manuel venía con dos flautas, dos bajos y dos blandones.

Los músicos generalmente no entran sino que se escurren, avanzan con cierta precaución y miramiento, á pesar de que saben que se les espera con ansia

siempre, como parte integrante de una fiesta: pero en el músico hay una timidez que le es peculiar, especialmente cuando tiene el instrumento debajo del brazo.

Manuel y los suyos se deslizaron andando quedito, con su sombrero en una mano y el bandolón en la otra.

Pablito los recibió con una sonrisa.

Siempre á los músicos se les recibe con una sonrisa.

Esta sonrisa, la da todo el mundo á buena cuenta de lo que va á gozar.

Los músicos tienen también otra sonrisa dispuesta para contestar, y se sonrien.

Misioneros de paz y de armonía, bien venidos seáis al valle de dolores!

Os sonreimos.

Sentaos sobre nuestro montón de horas negras y tañed. Tened la bon-

dad de aturdirnos y os pagaremos á tanto por hora.

Este *speech* mental se le dirige siempre al músico que se os exhibe, mitad hombre y mitad instrumento.

Algo como todo esto, pasó entre Manuel el *pañero* y Pablito.

La música se instaló en el hueco de uno de los balcones, que era donde menos estorbaba.

Reinó el silencio por algún tiempo, hasta que los músicos comenzaron á templar los instrumentos.

La vibración de algunas notas musicales asume á veces todo el prestigio de una obertura.

Hay notas que rompen el silencio de un modo peculiar; detrás del silencio está nuestro corazón, que se ha refugiado como tras de una nube.

Decimos esto, porque las primeras notas del bandolón que sonaron en la

sala, rompiendo el silencio, fueron á dar al corazón de Mercedes.

Mercedes estaba pasando en esos momentos por la atonía de su felicidad: había gozado tanto, era tan feliz que descansaba; y descansando la sorprendieron las notas del bandolón.

Como si despertara, se estremeció Mercedes y, cosa rara: lloró.

Esto nos hace creer que en el círculo de lo indeterminado, el dolor empieza en el mismo punto en donde está el placer. Esta es la felicidad que llora.

Mercedes lloró con todo el placer de la dicha. Y como si esta dicha fuese su apogeo moral, Mercedes en ese momento se puso más bonita.

Era la flor con toda su esencia, con todos sus jugos, con todos sus pétalos y pasando por el zenit de su exuberancia, de su vida... de su amor...



Mercedes irradiaba: en sus ojos había esa luz que arranca al pintor el pincel impotente y lo deja caer; esa luz que tortura la imaginación del poeta y le hace prorumpir en disparates.

Merced estaba indescribible, y todo por una nota musical puesta en contacto con su alma rebotante de dicha.

Aquellas notas de bandolón recorrieron el ámbito de la casa, y multiplicándose de una manera mágica fueron cayendo en los oídos de todos, y produciendo en cada uno emociones más ó menos placenteras.

Por ejemplo: Pablito pensó en su novia.

La novia de Pablo pensó en Pablito.

Doña Rosario pensó en sus hijas; ¡las quiero tanto! exclamó interiormente.

Angelita pensó en las primeras cuerdillas y en que su novio le había dicho que tenía unas manitas muy lindas.

Los mismos tres señores graves que tan gravadosamente platicaban acerca del escudo de Nuestra Señora de la Merced la Virgen Santísima, al oír las primeras notas del bandolón, insensiblemente los condujo su imaginación desde la cumbre de sus eruditas elucubraciones hasta el terreno de las danzas, de las cosquillas, de lo retozón; y un observador hubiera podido notar en los tres pié de gallo del ojo de aquellos santos varones una ligera contracción parecida á la que precede á una sonrisa.

El demonio de la tentación diluido en un *lá* agudo, había ido á tentar aquellos tres corazones quietos y pacíficos, aun al través de la prosa de la oficina de palacio y los sagrados cánones.

El padre Martínez se quedó pensativo: D. Pedro María sintió el deseo de

saber si ya estaban listas las muchachas; porque un papá que ya no baila sigue bailando con los piés de sus hijas, piés por otra parte hechura suya y calzados por su cuenta y riesgo.

El padre cura fué el único que no tardó en diferir del género de ideas que preocupaban al padre Martinez y al señor D. Pedro María, y dijo:

—En fin, ustedes van á divertirse y yo me retiro, dando á usted las gracias, señor D. Pedro, por su amabilidad.

—¡Como es posible, mi señor! no lo permita Dios. Cuando va á comenzar el bailecito.

—Precisamente por eso, señor Don Pedro.

—Vamos, vamos, ya caigo... pero mire usted... tengo mi plan.

—¿Veamos cual?

—Usted el padre Martinez y yo, va-

mos á instalarnos en mi gabinete que no está iluminado; y desde allí, casi sin ser vistos, disfrutamos un rato de la alegría de los muchachos.

—¡Pero señor D. Pedro de mi alma!

—No hay remedio, padre cura, un ratito, un ratito; todos son de confianza; vamos, vamos; no es verdad, padre Martinez?

—Por de contado, señor cura, un rato más ó menos...

—Aprenda usted al padre, señor cura, dijo D. Pedro en tono de chanza; él sí se alegra y hasta suele bailar sus cuadrillas.

—¡Hola, hola!

—¡Ah! pero eso es porque me comprometen las muchachas. ¿Se acuerda usted hace un año, señor D. Pedro María?

—Hace un año le hicimos bailar hasta *tagarotas*.

—Pero el padre Martínez es joven y de un carácter apropiado...

Entraba doña Rosario á la sazón.

—¡Cómo, señor cura! ¿nos quiere usted dejar tan pronto?

—Tenía intenciones...

—¡Dios no lo quiera! con que vá á estar tan bonito nuestro baile! ya verá usted, ya verá usted.

—Yo no sé desvelarme.

—Hasta las diez nada más, no soy exigente; ¡sentirían tanto las muchachas que se fuera usted!

—Pues sea, mi señora doña Rosarito, pero nada más hasta las diez.

Como se vé, bastaron aquellas notas de bandolón para imprimir en todos los habitantes de aquella casa un nuevo género de ideas.

Pablito se puso á encender las velas, y media hora después comenzaron á llegar los convidados.



## CAPÍTULO VI.

Un Bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir.

ERAN dos jóvenes vecinas con su mamá y su tía y una *pilmama* (nodriza); después llegaron dos pollos poniéndose los guantes; en seguida otras dos familias con niños de varias edades y dos *pilmamas* más.

Un rato después la cama matrimonial de doña Rosario y D. Pedro María era un *monte parnaso* de abrigos, sombreros y paraguas; las demás camas eran depositarias de niños dormidos